

Sebastián Salazar Bondy

Pobre gente de París

Prólogo de
Alejandro Susti



PESOPLUMA

Pobre gente de París

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para todo el mundo, excepto España.

© Sebastián Salazar Bondy, 1958, 1965

© Pesopluma, 2024

1ª edición: mayo 2024

Tiraje: 500 ejemplares

Dirección, edición y cuidado editorial: Teo Pinzás

Edición adjunta: Alejandro Sustí

Revisión de maqueta: Marco Campos

Ilustración de portada, diseño y diagramación: James Hart

Proyecto Editorial N.º 31501202400201

ISBN: 978-612-4416-50-7

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2024-04406

Editado por Pesopluma S.A.C.

Pque. Francisco Graña 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. María Auxiliadora 156-164, Breña, Lima – Perú

Mayo de 2024

ÍNDICE

Prólogo	9
I	23
<i>Les Créoles</i>	33
II	45
El cisne en el estiércol	51
III	59
No hay milagros	65
IV	79
El sacón militar	87
V	97
Carta a Panamá	103
VI	109
Una navaja en la Concorde	117
VII	125
Un chaleco color rosa	133
VIII	139

A Irma

Pobre gente de París



Sebastián Salazar Bondy junto a su madre, María Bondy, y su hermano, Augusto, en el buque que lo llevaría a París. Callao, *circa* 1956.
Foto: archivo de la familia Salazar Bondy

I

Cuando recibí el primer mensaje de Caroline, hacía justamente tres meses que vivía en París, en una habitación del quinto piso del Hotel d'Alsace de la Rue de Maubeuge, y aún no podía decir que la ciudad tantas veces soñada me hubiera deparado alguna verdadera satisfacción. No estaba decidido, sin embargo, a declararme totalmente defraudado, en especial porque maltrataba mi amor propio sabermé víctima de un espejismo, de una pueril fantasmagoría. Aquel fracaso me ponía irremediablemente, ante mí y ante los demás, en un penoso ridículo.

Andaba, en verdad como un sonámbulo, ensimismado unas veces y otras vehementemente proyectado hacia la multitud, buscando aquí y allá, en todas partes, la justificación plena de mi renuncia a vivir en Lima y, en consecuencia, la justificación de mi viaje a Europa. Mi alcoba y sus melancólicos enseres no eran en absoluto los indicios del reino entrevisto desde la turbia oficina limeña de la Compañía Recaudadora, donde rumié durante largos años la esperanza de habitar en esa gran ciudad que había comenzado a descubrir tan altiva y desdeñosa.

Lo poco que poseía y realizaba me resultaba sin sentido. Cubierto con el enorme abrigo de basto paño, que rendía mis hombros con su peso, emprendía largos paseos por los bulevares sonriendo sin éxito a las muchachas apresuradas, consumía periódicos ansioso de novedades

y sofocado por las amenazas bélicas que amagaban el mundo, me hundía en el ocio que consideraba el justo premio a mis sacrificados ahorros de seis años de burócrata... Pero sabía que aquello no era el paraíso prometido.

El día me lanzaba a la calle, al café. Luego, daba una vuelta por los museos o las galerías de pintura —cuyos cuadros no siempre entendía— hasta el mediodía. Devoraba enseguida un económico almuerzo, tras el cual la siesta me acercaba sin anécdotas a la hora del cine o el teatro. Cuando la noche apagaba el cielo, me encaminaba —casi sin quererlo, lo confieso—, como llevado por el solo y tristísimo instinto, al Bar Rose, donde La Brune o su amiga Lily terminaban acariciándome como a un objeto, como a un animal, como a un norteamericano borracho.

Para defenderme de este tenebroso destino nocturno, iba de vez en cuando a tocar la puerta de mis amigos los Olmos, a los que siempre hallaba derrumbados en su infinito desgano, o aceptaba sentarme a la mesa que en el Café Mabillon ocupaban ciertos pintores, poetas o estudiantes latinoamericanos que solo hablaban de dinero, comida o mujeres. Me sentía, pues, en un callejón sin salida y ante el muro final.

Contra mi voluntad y mi deseo, más de una vez sentí algunas cochinas nostalgias y hubo ocasión en que estuve a punto de tomar el barco de vuelta. Por supuesto, acabé por rechazar de plano esta absurda solución, entre otras razones porque consideraba que el regreso al Perú en semejantes circunstancias y a un plazo tan corto de mi partida me haría blanco de más de una broma pesada o un sarcasmo cruel. Yo había cometido la ligereza orgullosa de despedirme en el Callao, ante las lágrimas de mi madre y el estupor de mis parientes y amigos, para siempre. De parte de estos últimos, yo lo sabía, no habría indulgencia para con mi derrota. Trataba de sobreponerme al tedio, a

la desazón, a la crisis, con actos que a la postre los alimentaban, y día a día me sentía más preso de la situación, más culpable de mi desgracia, menos libre que nunca.

En este estado me encontraba cuando escuché por primera vez la insólita llamada de Caroline...

La noche en que ello ocurrió había decidido acostarme temprano, no tanto porque los francos de la mensualidad comenzaban a ralear (yo había sabido distribuir mis economías dentro de un presupuesto minucioso, fruto de mi práctica oficinesca) cuanto por otra razón menos brutal: el muro se alzaba ante mí más liso y grande, más cruelmente inexpugnable que nunca. Y solo hacían, como ya lo he dicho, tres meses de mi llegada a la Gare de l'Est, henchido de pura emoción y tembloroso como a una cita de amor. El muro de que hablo lo constituía la imposibilidad de llenar cada vacía rutina de mi vida en esa época. La obligación, por ejemplo, de llegar hasta la puerta del Hotel d'Alsace, saludar entre dientes al viejo Pierre, que dormitaba babeante en su destartalada *bergère*; tomar la llave del cuarto 15 y subir por la escalera de caracol, crujiente y húmeda, a tenderme en mi camastro de plaza y media, luego de haber deambulado sin meta durante todo el día. Así fue como, solitario, asediado por los recuerdos, con el amargo sabor de la impotencia en la boca, cumplí esa noche el último episodio de mi habitual ciclo cotidiano. Creo que, además, sentía una leve punzada en el hígado.

Ya en el lecho, me costó trabajo reconstruir el orden de los insignificantes sucesos de la jornada, especie de examen de conciencia al que desde mi primer día de estancia en París me había acostumbrado. Como otras veces traté de impedir que me inundara el chorro de las nostalgias —la voz de mi madre, el aroma del sancochado, los gestos informes de mis amigos de la Plaza de

la Inquisición, todo ello como un cierto acorde agridulce en la memoria— y para hacer más efectivo mi propósito me puse en pie y fui directamente al espejo del botiquín con el objeto de mirarme a los ojos, en un acto aparentemente gratuito. Hice allí mis muecas.

No sé si a todo el mundo le pasa lo mismo, pero los espejos ejercen sobre mí un especial influjo, pues me sirven de instrumentos de conocimiento. Si estoy a solas ante uno, suelo acercar el rostro al cristal dejando entre él y la punta de mi nariz apenas unos milímetros de distancia, los necesarios para que la visión no se empañe. Así, observándome fijamente, me interrogo. No digo que sea el espejo el que me responda, pero ante mi insistencia, ante lo premioso de mi interpelación, se me revela algo que me atañe, aparece una claridad que desgarrar mi enigma. Próximo a la luz de mis pupilas, a lo que podría llamar el espíritu de mi rostro, me comprendo mejor. Me río, entonces, pues aunque lo que descubra no sea un augurio feliz me embarga una sensación de plenitud. Quedo tranquilo, dueño de mí mismo.

Esa noche, ante el espejo, consulté sobre mi desengaño. Recuerdo que la primera impresión fue la de la palidez de mi cara, lo que tal vez acentuara mi barba de dos días. De pronto se me puso que flaqueaba mi salud... *¿Será —me dije— que esta sensación de estar preso no es sino el síntoma de alguna enfermedad que se incuba en alguna parte de mi organismo y que estallará de un momento a otro, imprevista, postrándome en este rincón quizá para siempre?* La idea de para siempre, que me recordó mi jactancioso adiós a Lima, me hizo estremecer.

Cerré los ojos, pues es lo que hago cuando tengo miedo, y permanecí así unos segundos. Lentamente me fui recobrando. El proceso habría culminado sin prisa si en ese instante no hubiera llegado la comunicación de

Caroline. El sordo y grave bullir del grifo de un lavatorio vecino, que no pude precisar si se hallaba debajo o al nivel del mío, me volvió a la realidad, de donde una oleada de tenebrosas premoniciones, surgidas de mi mudo diálogo con el espejo, me había arrancado violentamente. Ese ruido era un mensaje, pero, ¿de dónde?, ¿de quién?

Lo que siguió durante toda la siguiente semana fue simple: tratar de establecer en qué lugar se hallaba situado el lavabo vecino y a quién pertenecía. No obstante los cinco pisos del edificio en que se hallaba, el Hotel d'Alsace era un albergue modesto. No digo, pues carezco de esa clase de vanidad, que fuera uno de esos inmundos cuchitriles del Quartier Latin que por su miseria enorgullecen a mis amigos bohemios, por ejemplo al poeta Roque Linares, quien se ufana de habitar un altillo frío y sucio, una *pièce de bonne* de un viejo inmueble de la Rue des Écoles, pero constituía un alojamiento cuyos huéspedes no eran precisamente burgueses prósperos. De algunos parroquianos de mi casa parisiense conocía apenas rostros y siluetas. Había una especie de funcionario de los ferrocarriles —gorra y uniformes azules— que parecía venir a dormir a la hora en que yo bajaba en busca de mi desayuno; un señor condecorado, de mediana edad, con quien a veces me había tropezado en la escalera; un matrimonio joven que solía almorzar, pasadas las dos de la tarde, en el bistró de la esquina (ella era una mujer bastante bonita, según había podido apreciar de refilón); y además un negro magro y sonriente a quien había oído llamar Monsieur *le député*. Había, por cierto, más huéspedes. Conocerlos a todos para identificar al dueño del lavabo vecino fue mi principal tarea en adelante.

Para lograr mi objeto procuré permanecer en el hotel más tiempo del acostumbrado, y no en mi alcoba sino en el mostrador de la recepción o en el estrecho recoveco que hacía las veces de salita de estar. El pretexto para llevar a cabo tales guardias era principalmente el uso del teléfono (en el cual simulaba intentar diversas llamadas), o la necesidad de papel para escribir, o la ropa sucia que debía entregar o la limpia que tenía que recoger, o la lectura de algún diario o revista que ahí se hallaba. No fue fácil ni entretenido realizar aquella vigilancia, pero al cabo de una semana, triunfante, estaba en condiciones de añadir a mi lista de conocidos algunos detalles que completaban su personalidad y sumar a ellos tres figuras más. Una era una anciana de cansino paso y acento eslavo, muy maquillada y más que excéntrica en el vestir, y las otras dos una pareja de aspecto paupérrimo que, tanto por el aire que ostentaban cuanto por la invidencia del hombre, clasifiqué como mendigos.

Pronto confirmé que el ferroviario, cuya habitación era contigua a la mía, dormía de día y pasaba la noche fuera del hotel, posiblemente en su empleo. La otra pieza —era aquel un dato importante— estaba clausurada pues se destinaba a depósito. Deduje, entonces, que el lavatorio cuyo usuario me interesaba reconocer no era el de ninguna de las piezas que se encontraban a la altura de la mía, sino de la que se hallaba justamente debajo, en el cuarto piso, en una posición y con una distribución idéntica a la de la que yo ocupaba desde hacía tres meses.

Al cabo pues de siete escasos días había conseguido saber algo de lo que me había propuesto. *Si en cada piso había tres habitaciones —razoné entusiastamente—, numeradas correlativamente, y la mía era la 15, la del piso inferior, localizada en el espacio equivalente, tiene que ser necesariamente la número 12.*

No quisiera exagerar, pero digo la estricta verdad si afirmo que arribar a semejante conclusión me hizo enormemente dichoso. Ya se sabe hasta qué desesperante punto estaba desasosegado antes de que me enajenara la urgencia de conocer quién era aquel o aquella que, desde esa noche crítica, durante toda la semana, se comunicaba conmigo por medio de los vibrantes movimientos de la llave de agua de su lavabo. Ignoraba todavía si se trataba de alguno de los personajes que arriba he mencionado o si —lo cual deseaba ansiosamente— en el cuarto 12 vivía alguien desconocido, una mujer, claro, con quien yo establecía a través del murmullo del agua corriente, un diálogo que bien podía ser de amor. Mi angustia —esto es significativo— disminuyó notoriamente y mi existencia en París, aunque parezca ingenuo o absurdo, adquirió sentido por ello.

No puedo ocultar que padezco de un exceso de imaginación y que al principio supuse que todo no era sino una jugarreta de mi febril y a veces candorosa fantasía. Sin embargo, como no me falta espíritu crítico, sometí mis impresiones a la criba racional más implacable, de la cual salieron intactas y victoriosas. En realidad, había una persona que, a distancia, por medio del rumor de la cañería de su lavatorio —en París, es bien sabido, las tuberías del agua potable son como ruidosas entrañas o sonoros intestinos, que revelan la penosa digestión del líquido que viene y va—, me tendía la mano, no sabía aún si para liberarme de mi soledad (me gustaba suponer que alguien había adivinado el aislamiento en que mi existencia transcurría y acudía en mi socorro) o para reclamarme (lo cual tampoco me desagradaba) alivio para sus penas y desgracias. En cualquier caso, aquello constituía una bella incógnita y despejarla era, por sobre todo, una atractiva ocupación.

Lo curioso es que el primer mensaje no me tomó de sorpresa. Según lo rememoro, no obstante que aquel sonido no era nuevo para mí, en dicha ocasión supe que el ruido no era accidental. Tuve conciencia de que entrañaba un recado. No tardé mucho tiempo en percatarme de que, tal como lo había de inmediato intuido, cada apertura y cada oclusión del grifo vecino eran signos de un lenguaje. Cuando escuché la primera señal, un sonido prolongado y burbujeante que me sacó de mi desesperación ante el espejo, no demoré, a pesar de una brevísima vacilación, en responder con el mismo trazo sonoro. Inmediatamente mi interlocutor me envió dos estridores breves, como dos nítidas rayitas en una blanquísima página. Contesté imitando aquel sumario dibujo rumoroso, y esperé...

Pero esperé en vano. Casi una hora permanecí de pie frente al lavatorio, puestas las manos sobre la palangana, reclinada la frente sobre el espejo, el oído atento y el corazón apremiado. Sin embargo, hasta la noche siguiente no se repitió la apelación. Fui yo quien rompió la segunda vez el silencio: con dos llamadas largas y vehementes di comienzo a la comunicación, que tuvo respuesta sin tardanza con otros dos toques de la misma extensión. La charla esta vez duró más que la anterior, pero fue, en verdad, menos serena. El asunto me intrigó demasiado y por esa inquietante causa fue que inicié las investigaciones que, al cabo de una semana, a lo largo de toda la cual solo una noche faltó a la cita mi misteriosa amistad, culminaron con la localización de la habitación 12 del huésped con quien extrañamente conversaba.

Me quedaba saber quién era él (o ella). Descartado el ferroviario, estaba libre para suponer que, de no ser un desconocido, mi corresponsal era el señor condecorado —que inesperadamente comenzó a ofrecerme un

seco pero gentil *bonjour* cotidiano—, uno de los dos que engullían el almuerzo tardío en el bistró cercano, el negro diputado, la vieja eslava, o el ciego y su mujer.

Lo que me restaba por averiguar no era, pues, demasiado.